



CAMBIO DE PLANES

Becky Muralles



Índice

Primero	7
El Día del Cariño	17
¿Ser o no ser?	23
Mamá	29
La decisión	35
Después de «Felices para siempre»	43
Welcome back	55
¡Que comience el juego!	63
Un clavo no saca otro clavo	75
Viernes... quizás trece	83
Papá	93
Un héroe para Michelle	101
Una fiesta de cumpleaños	111
La graduación	117

Primero

No hay manera de predecir el futuro, por la simple razón de que el futuro no existe. El futuro es una utopía de la que hablan los optimistas, pero realmente no es nada. Cuando llegamos al futuro, este deja de serlo: se convierte en el presente. Hoy estamos en el futuro de cuando teníamos diez años, pero ni existió antes, ni existe ahora. Mañana será el presente de mañana. El futuro es como un camino que se va formando a medida que avanzamos; nuestros pasos van preparando el camino para los siguientes. Aunque, claro, en todo camino existen atajos. Así que esas patrañas de que las cartas, la bola de cristal o el tarot predicen el futuro... bueno, cada quien con sus creencias, pero si alguien se hubiera aventurado a predecir el futuro de Miguel y de Tatiana, ¡cómo se hubiera equivocado!

Solo dos cosas motivaban a Miguel a volver al colegio: una, las chicas nuevas; la otra, fumar en los recreos y a

la hora de almuerzo en el búnker. En casa tenía prohibido fumar, en el auto no podía hacerlo porque el olor lo delataba y se llevaba a casa la misma bronca. El único lugar donde podía fumar era en el búnker. Así llamaban a ese espacio que quedaba entre la biblioteca y el auditorio, a donde nunca llegaba nadie porque estaba estratégicamente escondido en un nivel inferior a la planta baja y protegido por árboles. Desde que lo habían descubierto, el sitio se había convertido, para German y para él, en su auténtica guarida. En un par de ocasiones les había tocado defenderla de los intrusos, porque alguna ventaja debía tener ser «chicos rudos».

Realmente, Miguel y German no eran tan rudos como parecían. De hecho, se habían hecho amigos porque Miguel había rescatado a German del acoso de unos *bullies* cuando estaban en tercero de primaria... una amistad de toda la vida, aunque, en ese momento, *toda la vida* cabía en menos de una década.

Los primeros días de clase eran iguales todos los años. Todos los maestros se presentaban, incluso los antiguos, y decían eso de que querían ser amigos de los chicos y de que en ese momento todos comenzaban con cien puntos y que dependía de cada quien conservarlos. No faltaba el maestro que repartía papelitos con mensajes motivacionales que algunas chicas decoraban y pegaban en sus agendas. En cierto modo, parecía que una de las materias que los maestros debían cursar en la escuela era Discursos de Primer Día de Clases, porque casi todos decían lo mismo y casi todos sonaban prefabricados. Solo hubo un

maestro una vez que fue distinto en muchos sentidos: afirmó desde el principio que no le importaba mucho que los estudiantes sacaran buenas calificaciones, ni que tuvieran cuadernos ordenados ni una redacción impecable, sino que aprendieran lecciones que les sirvieran toda la vida. Parecía un maestro agradable, de hecho. Desafortunadamente, no duró mucho en el colegio, pues algunos padres y otros maestros se quejaron de su poca capacidad para disciplinar a los alumnos. Muchos chicos creyeron que era una pena, pero otros tantos estuvieron de acuerdo con sus padres.

9

Otra cosa que se repetía cada principio de año era la elección de lugares en el salón: los más aplicados siempre querían sentarse delante para ser tomados en cuenta por el profesor; el grupito de chicas fresas se sentaban siempre en uno de los costados de la clase para poder enchufar sus alisadores de cabello antes de que comenzaran las clases; Tobías y sus amigos siempre se sentaban en el centro de la última fila para tener todo «bajo control»; y Miguel y German siempre elegían los últimos asientos en la esquina de la clase para pasar inadvertidos para sus compañeros y los profesores. Quienes habían estudiado en el colegio desde la primaria ya sabían qué lugar correspondía a cada quien. Era como un acuerdo tácito que todos respetaban. De vez en cuando algún nuevo osaba ocupar alguno de estos lugares, pero los chicos no tardaban en hacerle ver que no podía ocupar ese sitio. Algunas veces, la defensa de los lugares se tornaba un poco recia cuando el nuevo se ponía rebelde y se negaba a ceder el lugar a

sus legítimos ocupantes, pero nunca se guardaban rencores por ese asunto. Al final de cuentas, los nuevos tendrían todo el año para familiarizarse con esas normas, que para los chicos del salón parecían más importantes incluso que la normativa oficial del establecimiento.

10 Ese primer día de clases transcurría bastante normal: un par de profesores nuevos, unas chicas nuevas en otras secciones —ninguna en la clase de Miguel y German, no hasta ahora, pero sí dos chicos nuevos—, un compañero que ya no estaba en el colegio porque había reprobado el grado anterior y, en el edificio anexo, un salón nuevo digno de los nuevos bachilleres.

Al sonar el timbre para el recreo, Miguel y German fueron a la cafetería por un par de sodas y unas porciones de pizza. La cafetería estaba abarrotada. Con el transcurso del año iría perdiendo popularidad, pero durante los primeros días era el lugar perfecto para enterarse de los chismes e identificar a los nuevos. No faltaba el listo que intentaba establecer su reputación y delimitar su territorio abrazando a una chica durante los veinte minutos que duraba el recreo. Claro, todo aquello era demasiado prosaico para nuestros chicos rudos, así que se dirigieron a ese lugar que estaba sobre el bien y el mal, pero bajo los árboles, entre la biblioteca y el auditorio.

Cuando llegaron al búnker, la sorpresa fue encontrarla allí. Estaba sola, como mirando nada. En la mano tenía un cigarrillo que solo el viento consumía. Desafortunadamente, los chicos no la encontraban atractiva, pero era nueva, así que la oportunidad estaba servida.

—Pero si tenemos compañía —dijo Miguel mientras examinaba a la chica de pies a cabeza y detenía su mirada en el borde de la falda que dejaba ver un poco más que la mitad de los muslos—. Supongo que eres nueva, ¿no? Bienvenida.

Ella ni siquiera respondió. Le lanzó una mirada de desprecio y se llevó el cigarrillo a la boca.

Un poco molesto por el gesto de la chica, German intervino:

—Pues parece que el habla articulada no es una de sus virtudes.

11

Sin voltear a verlos, pero con la inconfundible reacción del ego en alerta, la desconocida les dijo:

—Miren, no es personal, pero no me apetece hablar con nadie, ni hacer amiguitos, ni hablar estupideces, así que ¿por qué no se largan de aquí de una buena vez y ya?

—Pues, porque resulta que la intrusa eres tú, bonita, así que eres tú quien debería largarse —dijo Miguel ya un poco exasperado.

—¿Intrusa? ¿Qué? ¿Acaso es este su nidito de amor? Pues, entonces sí me daría un poco de pena, pero no había ningún rótulo que dijera «reservado» cuando yo vine.

Esto era inadmisibile, una nueva los estaba desterrando del búnker. Pero qué clase de universo paralelo con leyes absurdas era este. Miguel y German habían ganado todas las discusiones en las que se habían involucrado hasta ahora, y cuando había sido necesario, incluso se habían ido a los golpes, pero discutir con una chica... eso era totalmente nuevo.

La discusión, al igual que la mayoría de batallas en el mundo, no resolvió nada. Lo único que consiguieron fue amargarse la mañana y comenzar una absurda rivalidad que se prolongaría por algunas semanas. Hasta que llegó el día.

12 Miguel había estado platicando todo el recreo con la hija de la señora de la tienda, quien los miércoles y los viernes llegaba a ayudar con la venta. Tan amena había estado la conversación, que habían ignorado los dos timbres que indicaban que debían volver a clases. Ese día había examen de Matemáticas. Era el primer parcial.

Por su lado, Tatiana también se había quedado fuera, porque en la comodidad del búnker, del que se había apoderado al fingir que necesitaba ir al baño cinco minutos antes de la hora de recreo, se había quedado dormida. Cuando Tatiana llegó a la clase, la puerta ya estaba cerrada y Miguel estaba en el borde de la ventana tratando de espiar sin ser visto.

Tatiana no comprendía qué hacía Miguel tratando de ocultarse en lugar de entrar, pero al fin de cuentas ella era la nueva, así que decidió imitarlo y se colocó detrás de él.

—¿Por qué no entramos? —susurró.

—Porque no tenemos invitación. ¿Qué te parece? —le dijo Miguel con su habitual sarcasmo, el cual se percibía aun cuando susurraba.

El profesor se acercó a la puerta, y casi por instinto los chicos se agacharon en el espacio que quedaba entre los casilleros y la salida al pasillo.

—No podemos estar aquí escondidos todo el período. La auxiliar de piso va a pasar y nos va a reportar... Yo voy a entrar —dijo Tatiana con una decisión que le duró los dos segundos que tardó Miguel en reaccionar y tomarla del brazo.

—¡No! Tengo una mejor idea.

El período del examen de Matemáticas, que era doble, lo pasaron escondidos en el carro de Miguel.

—Si nadie nos ve, podemos decir que estuvimos ausentes: traemos una nota y nos reponen el examen —fue el argumento con el que Miguel convenció a Tatiana de que era una buena idea.

—Y mi mamá iba a escribirme una nota por... —dijo Tatiana en tono interrogativo.

—Porque no tiene que escribirla ella. No me vas a decir que nunca has falsificado una nota de tus padres...

Ciertamente, no. Tatiana nunca lo había hecho. Ella era una buena estudiante, de cuadro de honor y excelente promedio... hasta hacía poco.

—Bueno, si vamos a estar aquí noventa minutos, mejor ponemos un poco de música, ¿no? —dijo Miguel revisando su iPod—. Aunque no tengo nada de Justin Bieber, ni de One Direction, ni de esas cosas que seguro te gustan.

La mirada de Tatiana expresaba su completa desaprobación al comentario prejuicioso de Miguel. ¡Vaya estereotipos!

—No, definitivamente no creo que tengas nada que me guste. No te ves como el tipo de chico al que le gusta Metal Church —dijo Tatiana con una sonrisa burlona.

—¿De verdad te gusta Metal Church? Si hubieras dicho eso al principio, quizás te hubiera dejado compartir el búnker con nosotros.

—¿El búnker? —preguntó Tatiana, sin saber exactamente a qué se refería Miguel.

—Sí, el jardincito de atrás de la biblioteca. Es nuestro refugio de batalla —dijo Miguel con orgullo infantil.

14 —Ustedes, los hombres, no maduran, ¿verdad? —dijo Tatiana repitiendo irreflexivamente las palabras de su madre, aunque se reprochó en el instante mismo en el que terminó de hablar.

—¡Oh! Lo dice alguien que tiene una foto de perfil de cuando tenía cinco años —devolvió Miguel, delatándose, pues los últimos días había estado espionando las redes sociales de Tatiana, con la excusa de conocer las debilidades del enemigo. La verdad es que aquella chica que lo había desafiado y que se mostraba tan hermética había despertado en Miguel un interés que se negaba a aceptar.

Tatiana se sintió sorprendida, quizás porque este chico, que hasta ahora había sido un grosero con ella, había estado revisando sus redes sociales. O quizás se sintió halagada, porque había despertado tanta curiosidad en él que hasta se había tomado el tiempo para revisar sus fotos. Seguramente ella hizo un repaso mental de sus mejores fotos en Instagram y pensó en cuáles esperaba que él hubiera visto.

Pero al mismo tiempo recordó que la razón por la que había colocado esa foto de perfil a la que se refería Miguel era la esperanza de que un día su padre la contac-

tara: quería que la reconociera tal y como la había visto por última vez. Su padre se había marchado cuando ella tenía seis años. Era muy pequeña como para comprender las causas, pero no tan pequeña como para no odiar a su madre por dejar que su héroe se marchara y por no permitirle verlo nunca más.

—Esa es una larga historia —dijo Tatiana poniéndole fin a ese silencio incómodo que solo era atenuado por la música que sonaba muy bajo, pues si subían un poco el volumen, podrían descubrir que se habían escapado de clases—. Tan larga, que comenzó cuando yo tenía seis años.

—Pues, tenemos noventa minutos— dijo Miguel intrigado. Esa chica, que seguía siendo un misterio, resultaba cada vez más interesante. ¡Le gustaba Metal Church!

—Bueno, tampoco es una historia para entretenerse. De hecho es un poco fea.

Miguel sintió un poco de pena por Tatiana después de esta última frase, porque la manera en que la dijo le hizo ver que era algo que la lastimaba. Pero también, en cierto modo, se sintió reconfortado al saber que no era el único que sufría por algo, que había alguien a quien también se le llenaban de cristales los ojos cuando recordaba algo, como cuando él pensaba en su madre. Quizás, a final de cuentas, no estaba tan solo como creía.

Hubo un silencio prolongado. Miguel no había dejado de pensar en cuál podría ser la historia detrás de la foto de Tatiana, la foto de esa niña tan tierna y tan inocente que, a decir verdad, contrastaba mucho con quien era

ahora, aunque sus ojos seguían teniendo esa mirada limpia de niña.

—Yo pensé que eras como Peter Pan y que te negabas a crecer —dijo.

—¿De qué estás hablando? —preguntó Tatiana, quien a su vez se había perdido en sus propios pensamientos recostada en el asiento reclinado del carro y con el antebrazo sobre la frente.

16 —De tu foto de perfil. Pensé que tenías algún tipo de fobia a crecer o algo así. Aunque, bueno, por eso no hay problema, porque no has crecido mucho, debes medir como 1.50.

—¿Es que no te cansas de decir tonteras? —preguntó Tatiana, aunque de modo retórico.

—Bueno, no es que me tenga que esforzar mucho —dijo Miguel arrepintiéndose en el momento que terminó de decir la frase, pues esto frente a sus amigos hubiera significado un sinfín de burlas e insultos. Afortunadamente, Tatiana lo pasó por alto.

Ambos rieron. Tatiana se dio cuenta de lo poco que había sonreído desde que se habían mudado con su madre, quien, después de descubrir que la chica estaba buscando la manera de contactar a su padre, se la había llevado lo más lejos que había podido de él.

Ella no lo sabía, pero su madre la estaba protegiendo. Desafortunadamente, muchas veces los hijos no entienden las razones de los padres, y menos cuando los padres no dan explicación alguna.